

CON EL FRÍO

Alberto Torres Blandina



Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

FERNANDO PESSOA, *El libro del desasosiego*

De la armonía newtoniana al orden oculto en el caos según las teorías contemporáneas, el trayecto conduce a la desmenuzación de las representaciones del mundo, a la multiplicación de las preguntas más que de las respuestas, a la identificación de posibles más que a la capacidad de formular una explicación verdadera.

GEORGES BALANDIER, *El desorden*

*El amor se consume por obra de su fuego.
Los secretos terminan traicionándose,
cede la fiebre, el sol declina,
se nos muere la dicha del que fuimos,
el que somos se muere sin saberlo.
Pero los monstruos no.
Los monstruos nunca mueren.*

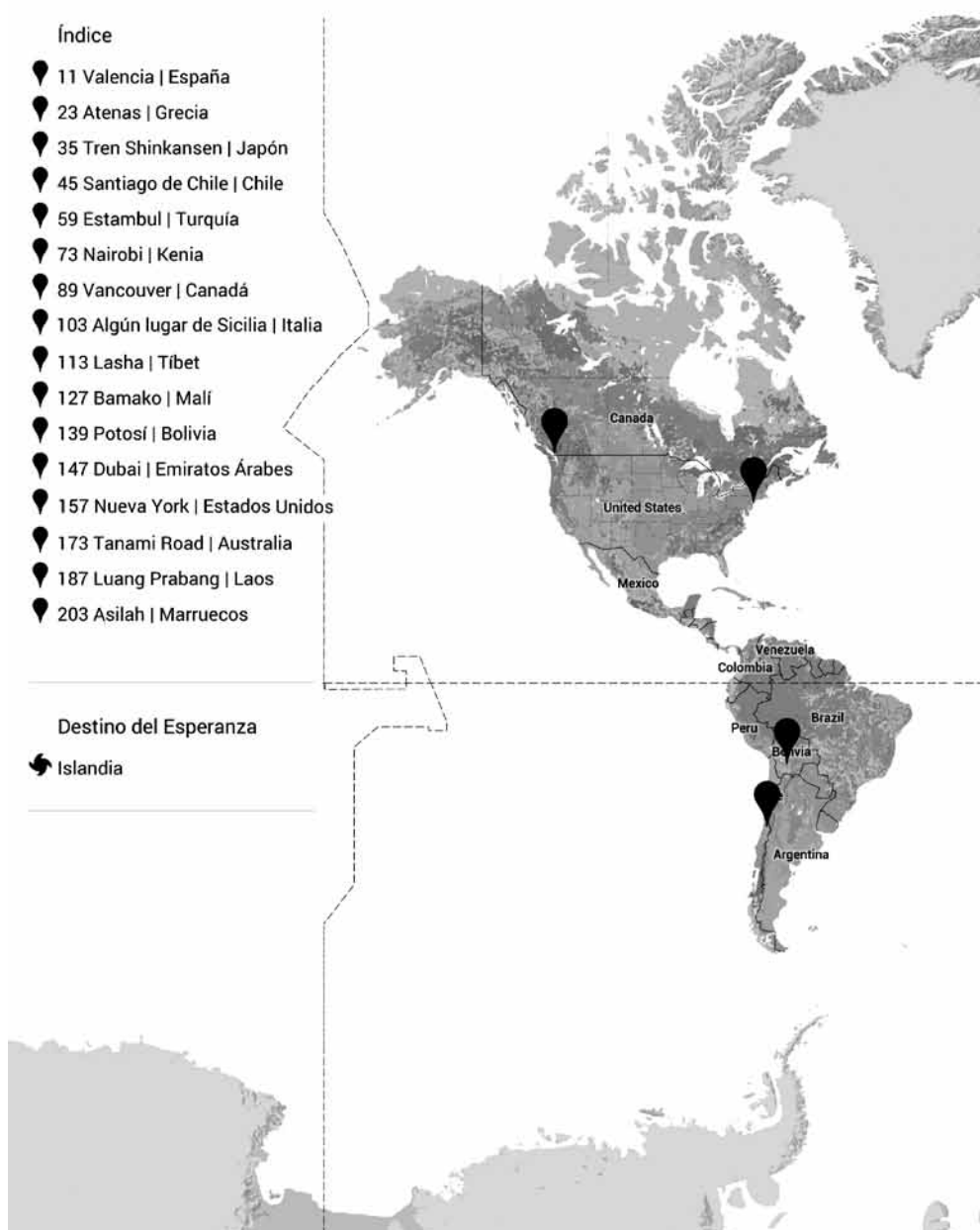
CARLOS MARZAL, *Los monstruos nunca mueren*

Índice

- 11 Valencia | España
- 23 Atenas | Grecia
- 35 Tren Shinkansen | Japón
- 45 Santiago de Chile | Chile
- 59 Estambul | Turquía
- 73 Nairobi | Kenia
- 89 Vancouver | Canadá
- 103 Algún lugar de Sicilia | Italia
- 113 Lasha | Tíbet
- 127 Bamako | Malí
- 139 Potosí | Bolivia
- 147 Dubai | Emiratos Árabes
- 157 Nueva York | Estados Unidos
- 173 Tanami Road | Australia
- 187 Luang Prabang | Laos
- 203 Asilah | Marruecos

Destino del Esperanza

- Islandia





Un día los animales desaparecieron de las ciudades. Los periódicos dijeron que huían de algo. Conjeturaron con un escape de gas, con el epicentro de un futuro seísmo, con la posible caída de un meteorito. En la televisión, ahora mismo, hay un científico que lanza hipótesis sobre un cambio en el eje de rotación de la Tierra. Dice que los animales están confundidos, que por ello los pájaros y los peces han modificado sus rutas migratorias. Hacia el norte.

—Han desaparecido hasta las cucarachas.

—¿Qué?

—Las cucarachas, mamá. Hace días que no veo ninguna cucaracha en el baño de mi casa. Debería alegrarme, pero no lo sé, si alegrarme, con todo lo que está pasando. Da mala espina.

Desaparecieron las palomas, los gorriones y las gaviotas. Desaparecieron los gatos, y los perros escaparon de sus dueños. La señora Micaela, desde el balcón de su casa, vio un dálmata correr calle abajo con la correa dando latigazos contra el asfalto. Pensó entonces que su dueño había sido atropellado por un conductor borracho y el animal había huido debido al miedo y la confusión. Pero vio dos perros más en idéntica carrera. La tercera vez ya no supo qué pensar.

—Y ayer había un caballo al galope por la avenida. Uno de esos caballos que usa la policía para patrullar por las zonas verdes.

—He visto en la tele que el sur de Andalucía se ha llenado de antílopes africanos. Parece ser que vienen de Marruecos, que están cruzando el estrecho a nado.

—Lo más curioso es que detrás del caballo iba un policía corriendo y gritando. Da miedo, ¿no? Que nadie sepa decirnos qué está pasando.

—Después llegarán los leones.

—¿Qué dices?

—Los leones. Van hacia el norte, ¿no? Después llegarán los leones. Atravesarán el desierto y saltarán a Europa.

La perrita de Micaela se llama Bruna y desde hace tres días no deja de llorar. Está coja y casi ciega. Un poco menos coja y un poco más ciega que su dueña. Lloro junto a la puerta. Araña la madera y llora. La televisión saca imágenes de filas de ratas bajo los coches, avanzando pegadas a la acera. *¿De qué naufragio buyen?*, dice el locutor. La televisión y la radio no hablan de otra cosa. Tampoco en el supermercado y en la panadería hay otro tema de conversación.

—Mira.

La hija de Micaela se levanta, saca el móvil y le enseña a su madre una foto que le han mandado.

—Es un oso pardo que cruzaba un campo de golf del sur de Francia.

—Sin las gafas apenas veo. Déjame ir a buscarlas.

—No importa. Se ve muy mal de todas maneras. Me voy a ir a casa que tengo que hacer la cena.

Da un beso a su madre que hace ademán de levantarse.

—No te levantes, tranquila. ¿Qué le pasa a Bruna?

Micaela levanta los hombros y mira a la vieja perrita. Está a punto de decir que llora porque hoy hace un año que murió Reme, pero no dice nada. No quiere incomodar a su hija con recriminaciones. No tiene por qué acordarse de la fecha exacta, pero le molesta la sensación de ser la única que la recuerda. Le oprime el pecho la responsabilidad de seguir respirando para que Reme no desaparezca del mundo. Sus dedos largos y nudosos, la forma exacta de su ombligo, la mancha negra en su iris derecho, su risa callada y un optimismo casi infantil viven ahora en su cabeza. Solamente en su vieja cabeza y en ningún lugar más. El corredor del olvido.

—Era solo una niña y ya lo sabía.

—¿El qué sabías, Reme?

—Que los cuentos estaban equivocados. Que si me pinchaba con una rueca maldita y me dormía, jamás podría despertarme el beso de ningún príncipe. Que solamente podría salvarme una princesa...

—¿Nunca has besado a un hombre?

—Nunca.

Está oscureciendo. Ya hace casi una hora que su hija se ha marchado y Micaela no puede aguantar más el llanto de Bruna. Le pone la correa, abre la puerta y la perrita comienza a caminar torpemente. Tan rápido como le permite la parálisis parcial de sus patas traseras. Deja que sea el animal quien elija el camino y, como ha ocurrido los últimos días, se desvía de la ruta habitual atravesando el parque de Viveros y avanza por la calle Alboraya hacia la avenida Primado Reig. Hacia el norte.

—Mañana iremos, Bruna. Mañana.

Casi debe arrastrarla para volver a casa. La coge en brazos y por primera vez en once años el animal intenta morderla. Parece desesperada.

—Tú tienes una hija, Micaela. Yo siempre he tenido perros.

—Es lo único bueno que saqué de mi matrimonio, Reme. A mi hija.

—¿Querías a tu marido?

—Supongo. Era otra época. Se quería de otra forma. Era muy guapo. Todos lo decían. También un poco bruto, pero ser un poco bruto era algo muy masculino. Nunca hubo romanticismo. Hubo una hija. Y lo quería en ella. Lo sigo queriendo en ella. De manera distinta a como te quiero a ti, claro.

Se acuesta con el llanto de Bruna de fondo, inmóvil junto a la puerta. Le sorprende que ningún vecino haya ido a quejarse. Le sorprende que no aparezca la policía y le diga que debe hacer callar a la perra. Sacrificarla quizás porque es vieja y torpe y ya no sirve para nada salvo para lloriquear y molestar. Coge una foto de Reme que tiene en su mesita de noche y la besa. Reme fue su amor tardío. La sorpresa que Micaela tenía reservada a todo el mundo. Incluso a sí misma.

—Le he pedido a mi amiga Reme que venga a vivir conmigo. Desde que tu padre murió me siento muy sola. Así nos haremos compañía.

Hace frío. Demasiado frío para esta época del año. Y los meteorólogos dicen que solo es el comienzo. Micaela se viste frente al espejo del armario. Se peina y se echa colorete. Mete todo su dinero en el bolso, coge a la perrita y sale de casa. Es

muy pronto. Apenas se ha despertado la ciudad. En el garaje hay un viejo Citroën 2CV azul. Su marido era mecánico y lo conservó. Desde hace años es su yerno, también aficionado a los coches, quien se ocupa de él. Quien lo saca de vez en cuando del garaje para dar una vuelta e incluso para participar en concentraciones de “dos caballos”. No sabe si se acordará de conducir. Nunca ha tenido carné pero a veces cogía el coche. Su marido le enseñó a conducirlo. Era un buen hombre. Quizás pudiese hoy recordarlo como el amor de su vida si no hubiese descubierto años después lo que significaba realmente la palabra *amor*.

—Tengo celos de tu marido.

—Está muerto.

—No puedo competir con un hombre.

—No tienes que hacerlo.

El coche arranca. Le cuesta un poco sacarlo del garaje y varias veces se le cala. La perrita va en el asiento trasero. Se lamenta hasta que su dueña se dirige hacia la salida norte. Entonces empieza a mover el rabo, alegre.

—No te voy a dejar ir sola, Bruna. No llegarías ni a la vuelta de la esquina. Y además están esos leones. Aún no han llegado. Pero llegarán. Son buenos nadadores.

—¿Le has contado a tu hija lo nuestro?

—He estado pensando en ello y no voy a hacerlo. Lo sabe. O debería saberlo al menos. Si no lo ve es porque no quiere verlo. Y si no quiere verlo, no voy a ser yo quien se lo diga.

—Pero no es justo para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Somos dos viejas que viven juntas para hacerse compañía. ¿Así es como quieres que lo recuerden? Es mucho más bello que eso.

—Lo recordamos nosotras.

—¿Por cuánto tiempo?

El coche se detiene en el arcén de la autovía. Han pasado cerca de cuatro horas desde que comenzó a conducir. Al norte. Siempre al norte. Micaela se pregunta si se ha acabado la gasolina. Ni siquiera sabe en qué lugar debería mirarlo. Le parece más plausible otra explicación: el coche se ha cansado de circular en un mundo que ya no es el suyo.

—Vamos Bruna, seguiremos andando.

La perrita la sigue. Caminan lentamente por el arcén. Los coches pasan a su lado sin detenerse hasta que lo hace un joven de barba y pelo largo que escucha música rock. Baja la ventanilla antes de hablarle.

—¿Quiere que la lleve a algún sitio? He visto su coche ahí detrás...

—Muchas gracias.

—¿Hacia dónde iba?

—Hacia el norte.

No ha dejado una nota. Debería llamar a su hija. Decirle dónde está para que no se preocupe. Lleva un móvil en el bolso. No sabe cómo se utiliza, pero sabe que si pulsa el “1” podrá hablar con su hija. *Para emergencias*, le dijo al regalárselo. Micaela sonreía y se prometía a sí misma no usarlo nunca en una emergencia. Porque no quiere acabar en una cama, como Reme. Sin

conocer a nadie. Sin conocerse a sí misma. Gritando por las noches. Confundiendo el pasado y el presente. Por eso no marcará el “r”. No dejará que los doctores le salven la vida porque algunas veces la vida no debe ser salvada. No a costa de la persona que debe vivirla.

—Deberías dejar que la lleven a una residencia. Tú ya estás demasiado mayor para cuidarla, mamá. A fin de cuentas ni siquiera sois familia.

—Somos amigas.

—Yo no voy a ocuparme de ella.

—Nadie te lo ha pedido.

—Solo quiero que lo sepas. No le debes nada. Y yo menos.

—No tiene hijos.

—Tiene sobrinos.

—Ellos no la quieren. Hace años que no los ve.

—Te lo repito: ese no es tu problema.

—¿Sabes una cosa, Reme? En el fondo creo que la culpa es mía. Que mi hija no lo entenderá porque yo jamás la eduqué para entenderlo.

—Me hubiese gustado tener una hija contigo. Aunque la hubiésemos educado mal.

—Tenemos una perrita.

—Sí, tenemos una perrita.

El joven dice que la dejará en la ciudad, cerca de la estación de autobuses. Se tiene que desviar un poco pero no le importa. *Al lugar al que voy no quiero llegar demasiado pronto*, dice. Le ha aconsejado que llame al seguro para que la grúa se lleve el

coche. Micaela ha asentido, pero no está en sus planes hacerlo. Se pregunta qué habrá pensado de ella. De una vieja con artritis llevando en su brazo a una perra coja con cataratas.

—Es muy extraño todo lo que está ocurriendo. Lo de las migraciones de los animales, ¿no cree? La carretera está llena de cuerpos atropellados. Huyen hacia el norte como locos. Hacia el norte, con el frío que hace. Como si hubiesen enloquecido.

—No sé qué decirte, hijo. Tal vez no están huyendo.

—Yo también tenía una perra, ¿sabe? Una fox terrier que se llamaba Estela. Estela es el nombre de la primera chica de la que me enamoré. Una niña del camping de Benasque al que iba cada verano. Tendría seis años. A lo mejor menos. ¿Cómo puede enamorarse un niño de seis años? No sé nada de ella desde hace décadas. Solo sé que jamás podrá imaginarse que hay una perrita que lleva su nombre.

—¿Escapó?

—Sí, como los otros perros. Un vecino perdió una pareja de cachorros y fue a buscarlos. Me contó que los animales estaban atravesando los Pirineos. Temía que sus perritos fuesen demasiado pequeños para conseguirlo. Llegó hasta el norte de Francia con su coche. Decenas de animales se agolpaban en la costa. Algunos saltaban al mar. Otros se colaban en los barcos de los puertos y tenían que ahuyentarlos a tiros.

—¿Usted sabría pilotar un barco? Tengo dinero para pagarle.

El chico la mira extrañado por la pregunta. Ella continúa hablando.

—Quizás no debemos dispararles. Quizás debemos llevarlos a donde quieran ir.

—Sí, parece lo más lógico.

—Los humanos ya no escuchamos a la naturaleza. Somos sordos a todo aquello que nos rodea.

—¿Y adónde quieren ir?

—No tengo ni idea.

—¿Adónde querrías ir, Reme?

—¿Adónde fuiste con él?

—A las islas Canarias. Fue una luna de miel bastante convencional.

—A París.

—¿Por qué a París?

—Por las películas, supongo. Francia es el país de los enamorados.

—Entonces te llevaré a París.

Esperanza #1

Por las noches la gente se tapa la cabeza con las mantas e incluso con la almohada para llorar, dice la mujer de ojos claros y rasgados. Es un rumor débil pero continuo que se mezcla con el viento de la cubierta y las olas golpeando contra el casco. ¿No lo ha escuchado? Un murmullo apenado al que te acostumbras porque nunca cesa: siempre hay alguien llorando, aquí o allá. Escondidos porque a la gente no le gusta que la vean llorar. Llorar es un acto muy personal y en este barco todos somos extraños. En este barco que han bautizado *Esperanza* aunque la realidad es que su mera existencia es un acto de desesperación, la última bala que un hombre acorralado dispara hacia la oscuridad esperando que la suerte haga que dé en el blanco: sin optimismo, sin fe, sin convicción alguna.

Das los buenos días y sonríes a una desconocida mostrando tus dientes de oro. Es parte de tu trabajo sonreír. Es parte de tu trabajo dar los buenos días o repartir bendiciones divinas. Te lo enseñó tu madre y a ella su madre y así durante generaciones. Tu misión ahora es enseñárselo a la niña que llevas en brazos envuelta en un retal rojo y azul. La bautizaste con el nombre de Violca. En el río Cefiso, como indicó el pastor evangelista. El agua estaba fría y la niña lloraba. Ahora está en silencio. Das los buenos días y sonríes a una pareja de jóvenes que ni siquiera se molestan en mirarte mientras apartas las moscas de Violca.

Ha ido bien el día. Desde que nació la niña ganas mucho más dinero. Algunas mujeres te dejan comida que vendes en Chandri o repartes con el resto de la casa. Otras dejan algunas monedas en tu mano extendida. Una anciana intenta ver al bebé, pero lo cubres bruscamente con el retal de tela y dices que está durmiendo, que no quieres que se despierte. Llevas un frasco de colonia infantil casi vacío que cada cierto tiempo echas en tu mano y después extiendes en el pecho de Violca. Es la misma colonia que le pusiste en su bautizo, hace tres días, y desde entonces no has dejado de utilizarla. Estaba preciosa con su vestido de encaje blanco. Preciosa como un ángel. Cuando el padrino la sacó del agua, te la dio y la dejaste en la cuna para unirte a los músicos que tocaban junto al canal. La fiesta duró hasta pasada la madrugada.

Antes mendigabas en la estación de autobuses con tu madre y tus tías. Ibas de autobús en autobús pidiendo monedas a los viajeros. Pero cuando nació Violca viste la oportunidad de salir de allí. Dijiste que hacía demasiado frío para un bebé, cada día más frío, y además estaba el humo de los tubos de escape de los autobuses. Tu marido lo arregló. Una mañana fue a la estación, te pidió que lo siguieras y te condujo hasta el centro comercial, resguardado del viento helado y la nieve que desde hace unos meses cubren las calles de Atenas. Dudaste, dijiste que tenías miedo, que la estación pertenecía a tu familia pero aquel lugar no lo conocías, no sabías quién podía aparecer y arrastrarte del pelo hasta la calle, como tu madre y tus tías habían hecho en varias ocasiones con desconocidas que se colaban en la estación para mendigar, dejando bien claro que aquel lugar os pertenecía a vosotras. Tu marido dijo que no temieses nada, que estaba todo arreglado, que él se había ocupado. No hiciste más preguntas. Nadie te ha molestado nunca.

Tienes catorce años, pero aparentas alguno más. Te casaste a los trece con un vestido de novia que había pertenecido a tu madre y antes a la suya. Fue ella, tu abuela, quien lo arregló para que te quedase perfecto. El blanco contrastaba con tu piel morena y con el dorado de los dientes que te regalaron como parte del ajuar. La novia más guapa. La princesa gitana. Eso repetían todos. También lo decían de Violca cuando el padrino la metió en el río con el vestidito blanco y la diadema de plata de ley. La niña más guapa. La princesa gitana. Hace solo tres días y parece que haga mil años. Tres días escondiéndola entre retales y colonia, ocultándola de las miradas de la gente y del contacto de sus primas, acostumbradas a jugar con ella mientras tú te marchabas de la casa con cualquier

excusa para no escuchar su llanto. Antes. Cuando lloraba a todas horas.

Te levantas del suelo del centro comercial quejándote de los riñones. Demasiadas horas en la misma posición. Colocas bien tu falda. Te aseguras de que el retal cubre totalmente la carita de la niña antes de salir al exterior y caminas con cuidado por la acera donde se ha formado algo de hielo. El fuerte viento te echa para atrás el pañuelo de la cabeza y te preguntas si de verdad está cerca El Arrebatamiento, como dijo hace unos meses el pastor durante el culto. Te preguntas qué pensará Jesús de ti llegado el día del Juicio, si comprenderá que lo haces por necesidad, porque a Violca ya le da igual y tú así ganas mucho más dinero.

No vas a tu casa. Entras al bar de tu primo Christos. Le haces una señal con la cabeza. Asiente desde el tirador de cerveza. Cruzas la puerta de la trastienda y dejas a la niña rígida sobre una mesa llena de botellas vacías. Te deshaces del retal que la envuelve como una crisálida y luego la desvistes. No te gustan las manchas violáceas que han salido en su espalda, como moratones. Tampoco el color verdoso de su barriguita. Alguien podría verlo y eso te descubriría. Christos se asoma. Te susurra que te des prisa, que su mujer está a punto de llegar. Christos fue tu primer amor. Te enseñó cómo hacen el amor los gitanos jóvenes antes de casarse. Para que nadie sospeche nunca. Para que las rosas florezcan en el pañuelo el día de bodas como si nada hubiese pasado.

El agua del río estaba fría, pero el pastor dijo que no había otra forma. El bautismo debe ser por inmersión. Hundirse en

el agua y emerger a la superficie renacido. Libre del pecado de los primeros padres. La palabra *bautismo*, explicó, significa inmersión. Tú misma te hundiste de cuerpo entero hace diez años, en el mismo lugar, cuando os llevaron a un buen puñado de niños de Chalandri a recibir la gracia de Dios. Vestidos de fiesta. Tus hermanas chillaban mientras Christos os salpicaba de agua chapoteando con las manos. Hace tres días que el pastor y el padrino, con Violca en brazos, como una princesa gitana con su vestido blanco y su diadema de plata, bajaron por la inclinada pared del canal hasta llegar al agua. El manele sonaba alegrando la fiesta y la niña no paraba de llorar. La dejaste sobre la cuna sin searla siquiera. Porque querías bailar. Porque estabas harta de que llorase cada noche. La dejaste todavía empapada. Tan morena como tú. Piel de canela. Eso piensas mientras abres el arcón frigorífico. Christos ha dejado un espacio en su interior tal y como te dijo que haría. Ha colocado en el fondo un cartón, a modo de cunita, pero aun así dudas. Ves sobre la estantería metálica un rollo de bolsas de basura. Coges una y metes dentro a la niña, para que no sea descubierta si alguien abre la nevera. La niña tiene las mandíbulas apretadas en una suerte de sonrisa. Te cuesta introducir el cuerpo en la bolsa debido a la rigidez de sus piernas extendidas, imposibles de doblar aunque lo intentas. Al final lo consigues. Tu ángel que una noche, hace tres días, dejó de llorar. La bolsa tiene una forma extraña. No parece un cuerpo. Quién sabe qué parece. Cualquier cosa pero nunca un cuerpo. La dejas suavemente en el frigorífico sobre el cartón doblado como una cunita. Extiendes sobre la bolsa un trapo de cocina sucio y cierras la compuerta. Congelarla es la única cosa que se te ha ocurrido para acabar con el olor que desprende Violca. Empieza a ser insoportable.

Christos entra en la trastienda. Mira a su alrededor para cerciorarse de que todo está en orden. Te besa la nuca y te levanta la falda por detrás. No tenéis mucho tiempo. Nunca tenéis mucho tiempo, por eso todo es tan rápido. Tan brusco que te duele. Tu marido nunca ha intentado entrar en ti por el mismo lugar por el que lo hace tu primo. Si lo hiciera te negarías. Porque ese lugar le pertenece. Solamente a él. Cuando te quedaste embarazada fuiste al bar, preocupada. No estabas segura de quién podía ser el padre. Se lo contaste a Christos, que comenzó a reír y te aseguró que el bebé era de tu marido, que estuvieses tranquila porque no había ninguna duda. Tú te pusiste un poco triste entonces.

Llegas a la casa donde vives con la familia de tu suegra. Tarde, con el retal rojo y azul envolviendo un sucio muñeco de plástico al que le falta un ojo. Es de la hija de Christos. Se te ocurre que no es tan diferente de la nueva Violca. De esa Violca rígida y de ojos hundidos que ahora descansa en el arcón frigorífico. De esa Violca que hace tres días dejó de llorar, de pronto, para siempre. El olor es diferente. El muñeco huele a goma de borrar. En la casa nadie se da cuenta, cuando llegas y dejas al falso bebé en la cuna de la habitación donde os habéis instalado. Una de las más grandes de la casa. Tu marido trabaja normalmente por las noches. Algunas veces sale y desaparece durante varios días. Después vuelve con una sonrisa y algún regalo para ti y para Violca. Cenas con su familia, compartiendo la comida que habéis conseguido mendigando. Das el dinero de la jornada a tu suegra. Antes te guardabas un poco dentro de un zapato, pero ella lo encontró. Ahora lo llevas siempre contigo. Mucho dinero porque Violca te hace ganar mucho dinero. Te preguntan por la niña y respondes que está dormida. La sobrina pequeña

de tu marido corre hacia tu habitación para jugar con el bebé, gritando su nombre. Va envuelta en una manta a modo de capa. El maldito frío. Corres tras ella y la detienes a tiempo, antes de que levante el bulto de la cuna y descubra que apenas pesa, que es solo un muñeco porque tu verdadera hija está congelada en la trastienda del bar de Christos. Le das un cachete en la cabeza con la excusa de que va a despertarla y no quieres que lllore. La niña aguanta las lágrimas. Fue ella misma la que te dijo, el día del bautizo, junto a la cuna, que Violca no quería jugar, que estaba muy quieta y miraba raro. Te lo dijo con una expresión que escondía algo. Con un tono de voz extraño. También aquel día la apartaste con un grito y la alejaste de la cuna, donde el bebé miraba al cielo con unos ojos fríos, como ese hielo que se forma junto a las aceras. Te dieron miedo sus ojos, así que los cerraste con la palma de la mano y la tapaste con la manta. Su vestido seguía empapado.

A la mañana siguiente sales pronto de casa. Llegas al bar de Christos. Solo hay dos personas tomándose un café en la mesa de la entrada. Entras a la trastienda y dejas el muñeco sobre la estantería. Abres el frigorífico y sacas la bolsa donde está Violca. Haces un sitio a la niña sobre la mesa y te sientas a esperar a que se descongele, pero te das cuenta de que con el frío que hace en la ciudad tardará varias horas. Quizás incluso días. Christos entra. Le preguntas si es posible utilizar el microondas y tu primo te mira como si estuvieses loca. Tu primo es el único que sabe lo de la niña. Se lo dijiste al día siguiente, cuando aceptaste que Violca jamás iba a despertar. Intentó convencerte de que no lo hicieras. Se van a dar cuenta. En un día o dos empezará a pudrirse. Intentó convencerte, pero siempre has sido difícil de convencer. Solo unos días, no

te imaginas el dinero que gano desde que nació Violca. Solo unos días más.

No te atreves a ir al centro comercial sin la niña, porque algún familiar de tu marido podría verte. Esperas durante horas, sentada en una silla plegable de la trastienda del bar de tu primo, mirando la bolsa donde descansa Violca. Esperando a que se descongele. Tu primo te da una revista del corazón atrasada. Te entretiene mirar las fotos.

Pasado el mediodía, tu marido te llama al móvil. Ya ha llegado a casa. Dice que os ha traído una cosa muy bonita. Dice también que está a su lado el padrino de Violca y le ha pedido que lleves a la niña a la casa. Para ver a su ahijada. Para darle un buen fajo de billetes también, porque así funcionan las cosas en Chalandri. El amor se demuestra con dinero, la tristeza con lágrimas y gritos de dolor. Las emociones solo existen si pueden verse. La rabia con golpes y el odio, algunas veces, con la muerte.

Sales de la trastienda y le pides a tu primo un café. Te empuja dentro de nuevo y te reprende. No puedes dejarte ver porque los clientes hablarán y tu marido empezará a sospechar de vosotros y entonces no quieres ni imaginarte lo que hará. Una vez dentro se queda mirando el cuerpo envuelto en una bolsa de basura. La expresión de su cara no te gusta. Le repites que no puedes hacer otra cosa. Ahora ganas mucho más dinero. Cuatro veces más que antes. Necesitas a Violca. Christos dice que no estás bien de la cabeza, que no piensa cubrirte más. Mientras habla, nervioso, intentas sacar a la niña de la bolsa.

Todavía no está totalmente descongelada y algunos trozos de plástico quedan pegados a su piel blanquecina. Le pides a tu primo un secador de pelo. No te responde. Te dice solamente que te lleves de allí a la niña y no vuelvas más.

La vieja estufa que has encontrado entre las cajas de vino y refrescos huele mal, a cable quemado, pero funciona. Te sientas enfrente y acercas el cuerpo de Violca, intentando quitarle los trozos de bolsa que han quedado adheridos a su cuerpo. Sobre todo los de su cara, como de cera, con los labios rodeados por una franja oscura. Está todavía más pálida que ayer. Llamas a tu marido por teléfono y le mientes que ha llegado la policía al centro comercial y te has escondido en un baño público. No quieres que te lleven a comisaría como la última vez por mendigar con un menor, le dices. También le dices que te da miedo salir porque no se van, que en cuanto consigas evitarlos irás a casa a que el padrino vea a su ahijada. Cuelgas el teléfono y coges a la niña. El cuerpo sigue congelado por dentro. Lo sabes porque pesa demasiado y el tacto todavía es frío. Pero no puedes esperar más. Al menos exteriormente ya tiene un aspecto medio normal, aunque la carne está blanda y su color es de un amarillento fantasmagórico. Suena un chasquido cuando rodeas con el retal sus piernas levemente flexionadas, que quedan colgando como si fuesen elásticas. Ya no te parece Violca, sino un trozo de carne mórbido. Ni siquiera el tacto de goma es el de tu niña. Piensas en un pollo sin plumas, con la cabeza caída hacia atrás en una postura terrorífica.

Caminas por la ciudad sin rumbo. Nieva. Buscas algo aunque ni tú misma sabes qué es. Estás a punto de lanzar el cuerpo a

un perro que te ladra con violencia desde detrás de una valla. Es extraño ver un perro. Todos se fueron. Quizás no te ladra para asustarte, sino pidiendo un poco de compasión: sácame de aquí, por favor, déjame ir con los demás. Muerde la cadena de su cuello con violencia. Lleva las encías llenas de sangre y algunos de sus dientes están rotos. Te da miedo y te alejas del animal. Ese peso muerto y flácido ya no es tu hija, no puede ser tu niña, sino un cuerpo ajeno, falso, una broma de mal gusto. Lloras de rabia. Por Violca y por todo ese dinero que ibas a ganar. Ese dinero que escondes a tu suegra. Que es solo tuyo y de nadie más. Una tapa de alcantarilla rota te parece una buena opción. Eres joven. Puedes quedarte embarazada de nuevo. Te aseguras de que nadie te ve y solo entonces lanzas el bulto dentro de la alcantarilla. No se oye ningún ruido, como si el cuerpo hubiese quedado flotando antes de llegar al fondo. Si eres cariñosa con tu marido en unos pocos meses puedes tener otro bebé que te ayude a ganar dinero. Mucho dinero que esconderás a tu suegra. Si es chico lo llamarás Christos, como tu primo.

Esperanza #2

No tengo hijos, dice el hombre del anorak rojo, así que puedo permitirme morir. Esa es mi historia, no hay más. Tengo una amiga. Si no vuelvo a El Cairo se casará con otro, ya sabe cómo son las mujeres. Pero no me importa porque el gran muftí de Egipto ha dicho por televisión que todos los musulmanes que zarpen en el *Esperanza*, si mueren, irán al Yanna, al Jardín de los elegidos donde les esperan las mujeres más bellas jamás vistas. Y si vuelvo a El Cairo, si finalmente conseguimos volver, a lo mejor mi amiga también se ha casado con otro, a lo mejor no ha podido esperar y me la encuentro casada con algún idiota. Pero también me dará igual porque seré un héroe colmado de riquezas y gracia. Le diré que se venga conmigo y ella lo hará. Ya sabe cómo son las mujeres.